

La detecté en mi primera línea de alarmas cuando aún estaba muy lejos, apenas una mancha en la última colina de plástico desde donde vigilaba a mis Enemigos. No le perdí pisada en todo el camino, el largo camino hacia mi fortaleza, mientras ella, niñita errante, llegaba acunando algo en los brazos infantiles. Por un instante mi memoria retrocedió y pensé: «Es sólo Hermanita trayendo el Angelín a mi puerta.» Pero mis pensamientos saltaron al AHORA cuando ella golpeó la puerta, y manipulé el botón de armamentos hasta que todos los disparadores encañonaron mi Muro Exterior.

- ¡La contraseña! ¡Pronto! - grité, y sinceramente esperé que diera la correcta. De lo contrario tendría que activar mis disparadores. Y tal vez no fuera uno de los proyectiles rastreros que, según había oído, la Bruja había creado en los grandes laboratorios de su valle de plástico. Tal vez no era una muñeca-bomba ambulante camuflada, diseñada para volarme al cielo y a todos los vientos. Tal vez era realmente Hermanita, que de veras había olvidado la contraseña secreta.

- ¡Delicia y solaz de la gloria matinal! - canturreó, aguda como una tachuela, y noté que sus grandes ojos eran verdaderos y pensé que chispeaban amor. ¡Era una niñita!

- ¡Avanzar hasta Puerta 10 para reconocimiento! - Aliviado, abrí la undécima puerta exterior. Ella atravesó las murallas mientras yo abría las puertas con el pulgar - Esperar descontaminación - ordené, hablando todo el tiempo por el Gran Parlante, cuando ella se detuvo ante la penúltima puerta, gordita y rechoncha en su traje espacial de juguete. Chachareaba alegremente, chachareos de niñita; iba a ver a su papá. Pero yo debía ser prudente. Ella podía ser una treta, una trampa caza-bobos. Volví hacia ella mis inspectores y descontaminadores y le dejé atravesar todas las puertas menos la última, siguiéndola atentamente con mis armas. Cuando se paró ante la última puerta le pregunté:

- ¿Tienes un pase para estar aquí? ¿Bruja te escribió un papel?

- Me escabullí de Bruja y correteé por el camino rodante - dijo riendo.

Eso me agradó. Bruja era la esposa, y vivía a algunas colinas plásticas de distancia, con, se había dicho de tiempo en tiempo, más de algunos hombres de plástico. Pero no era sólo por Bruja que yo tenía todos los disparadores y el Muro Visor. Bruja era sólo parte de mis problemas, la parte más ínfima en el momento, estando el mundo como

está; ella vivía en el Valle de la Bruja Blanca con sus hombres de plástico y en verdad nos veíamos muy rara vez. Una que otra Navidad intercambiábamos un saludo glacial

- ¡Feliz Navidad allá! - con nuestros multivisores; a veces en Noche de Brujas yo le mandaba escobas viejas como prenda de mi amor. Y una vez, en una Pascua muy reciente - nunca pude explicármelo -, nos encontramos fuera de nuestros muros apuntando nuestros concavoscopios hacia nuestras respectivas fortalezas mientras el sol centelleaba sobre las colinas de plástico glacial. Cuando miré directamente su visor con mi visor y vi la extraña bola azul que era su ojo más nuevo, envejecí diez años de sólo pensar, pensar en el frío odio-entre-gentes en el mundo. ¿A quién podía extrañarle, pues, que en los muros exteriores hubiera casamatas de dos metros de espesor y guerreros de aceronuevo al acecho? No es raro que yo tema los proyectiles rastreros, las muñecas-bomba ambulantes y el fogonazo del cohete de la Bruja Blanca, cuando lo único que puedo oponerles es una vigilancia constante y todas las armas que pueda conseguir. Pero ella tuvo a mis hijos niño y niña... tiempo atrás en aquel otro mundo. El se ha pasado ahora al bando de los hombres de plástico y casi siempre juega con sus juguetes del espacio y casi nunca ve al papá. Le satisface estar lejos de mí, su papá.

Pero como decía, Bruja no era ahora la única amenaza. Ahora no la consideraba si quiera la amenaza principal. Ella era sólo una comezón. Los Enemigos implacables estaban más allá de las colinas más lejanas, y además estaba el Tiempo... el Tiempo que intentaba corromper mis tiras de carne antes que yo pudiera alcanzar la Idea Última.

- Hola, Hermanita. - Los descontaminadores habían dado el visto bueno; el informe de armamentos había sido positivo: CONFIABLE en cuanto a su persona, CONDICIONAL en cuanto a lo que traía. Vi que traía el Ángelín y lo juzgué un riesgo razonable: una niña y su muñeca del espacio. Los dejé pasar. Y ahora ella estaba frente a mí, un diminuto querubín de tres años, todo carne y huesos y sangre, todo de ella aún, excepto los dientes, que eran de acero. Y eso era todo lo que habían tocado hasta ahora los Reconstructores de Moderan, por respeto a su edad. A los doce, si vivía, tendría todas las extremidades de metal, y tal vez para esa época le hubieran laminado algunos órganos. (Yo soy noventa y dos y medio por ciento de aleaciones metálicas, diseñadas para durar eternamente,) - ¿Cómo estás, Hermanita?

- Vine a vivir contigo, papá - susurró ella, bailoteando de júbilo -. Escapé de Bruja. ¡Necesitas amor!

- ¡Oh no!

Quedé sorprendido y absolutamente apabullado. Me levanté de mi silla anatómica y me quedé temblando, manando sudor frío por todas las tiras de carne. Todas las piezas metálicas de las zonas reconstruidas me rechinaban y zumbaban. ¡Una niña viviendo

conmigo! ¿Qué sería de mis pensamientos? ¿Mi trabajo? ¿No intentaría seguirme al Salón Ambiental de lo Primitivo donde las paredes eran de piedra, coloreadas de sangre brillante? ¿No querría saber qué había en el Salón Blanco de los Inocentes cuando las bolas de metal negro de dos toneladas se movieran en las cadenas? ¿No me pondría en la embarazosa situación de querer ayudarme cuando fuera a alimentar mis tiras de carne con los complicados fluidos del introvén? ¿Y si por capricho, sin que yo lo supiera, un día entraba sola en los horrores del Tubo del Millón de Espejos, donde en medio de una desolación espantosa y relampagueante yo busco mi reflejo verdadero?

- Hermanita - grité, y me aferré de cuanto había a mano, y apoyé las rodillas contra dos guerreros que tenía al lado, de modo que ahora ya casi no rechinaba ni zumbaba -, Hermanita, ¿sabes qué podría hacer contigo con sólo apretar un dedo? ¿Sabes que éste es un lugar armado además de un lugar amurallado, Hermanita? ¿Comprendes que aunque me sostuvieras o amarraras yo aún podría enviar una señal a uno de mis guerreros automáticos y él reaccionaría para destruirte?

»Y en última instancia, Hermanita, si a la larga todo pareciera realmente perdido, podría decir cierta frase a cualquiera de estos tubos del cielo raso, todos estos tubos en los costados o el suelo, y eso iniciaría una reacción en cadena en una fortaleza que he escondido en una montaña lejos de estos muros. ¡Y todo esto volaría! ¡Ni siquiera entonces ganarías! - Yo temblaba contra los guerreros que tenía al lado; pues pese a mis esfuerzos, mis manos hacían un ruido tintineante contra dos postes de acero que aferraba. Y ese monstruito simplemente esperaba, una niña diminuta con un traje espacial de juguete riéndose de mí, dos ojos azules y burlones, y aún aferraba lo que según yo podía ver era el Angelín -. ¡No ganarías, Hermanita! - El sudor de mis tiras de carne goteaba en el suelo.

- ¿No me querías?

- No podría tenerte. No trates de obligarme. Interferiría con mi pensamiento profundo. Sería una persona totalmente diferente contigo aquí. ¡No podría indagar en busca de la Idea Ultima! - noté que hablaba casi a los gritos.

- Entonces me iré, creí que necesitabas amor.

- No, una visita está bien. Unos diez minutos, pues eres un familiar Inmediato, si no traes contigo nada para lastimarme. Pero amor... bien, sería una molestia. Tan poco realista. Y podría olvidarme de vigilar a mis Enemigos.

- ¡Me iré ahora! - Le sobresalía el labio inferior, indicando que ella pensaba que yo había herido sus sentimientos. O tal vez fingía. Con las niñas nunca se sabe.

- Me alegra que pudieras venir - dije. Temo que lo dije con cierta rigidez. Nunca supe

demostrar soltura en esas ocasiones. Pero como notaba que la visita estaba por finalizar descubrí que ya no rechinaba. - Ahora, sí debes irte... - dije -. Bruja tal vez esté preocupada, sabes. En algún otro período de tregua, tal vez, vuelve...

Entonces se marchó, atravesando todas las puertas, encañonada por las armas. Y noté que seguía mirando por encima del hombro, pero no tenía lágrimas en los ojos, y me extrañó vagamente que desnudara los dientes de acero en lo que me pareció una sonrisa diabólica de niñita. Luego vi que en el suelo había dejado la hinchada y bulbosa muñeca del espacio, el Angelín, y me agaché para tomarla y arrojársela. Cuando toqué el Angelín perdí ambos brazos hasta los hombros. Y la manaza de un gigante pareció levantarme y arrojarme a través de diez habitaciones. ¡Minado! Pero las heridas no eran serias. Me recobré a tiempo para ver cómo Hermanita subía en un camino rodante la última colina de plástico. Cuando se volvió para saludar desde la cima de la última loma, agitando apenas un gordo brazo tubular del traje espacial en mí dirección antes de volverse hacia el Valle de la Bruja, supongo que debí desintegrarla con los disparadores. Pues supongo que se proponía despedirse del lugar donde creía que su papá yacía muerto. Pero aún no tenía los brazos reparados para apretar los botones, y no tenía la certeza de que Hermanita fuera realmente culpable de que el Angelín estuviera minado.

Tal vez la culpa era ante todo de Bruja, y por eso tocaban las bandas y una constelación de banderas y bengalas de victoria estallaba en el aire del valle mientras yo yacía jadeante sobre los muñones negros de los hombros.

Y además, enfrente a otros Enemigos, implacables y malvados Enemigos que agitan las alas en el aire lechoso, observándome desde una distancia parda. Se afilan astas y garras y dientes llenos de peligro y sacuden colas reptílicas para la carga zumbante que acabará CONMIGO. ¡Ah sí! Mañana debo permanecer aún más cerca de mis disparadores y buscar un modo de redoblar mi vigilancia sobre las colinas.